

NOTAS SOBRE EL GENERAL DON JOSE DE SAN MARTIN

Por

JULIO A. CAMINOS

Al evocar la vida y la obra del general don José de San Martín hay que hacerlo con unción religiosa en los labios y recogimiento solemne en el corazón. No fue un soldado más en la gesta emancipadora de medio continente, ni al ejercer funciones de gobierno limitó su actividad a la mera rutina burocrática. Pudo serlo todo en su país de origen y en las naciones en las cuales fundó la libertad. Cuando por las pasiones desencadenadas se desconoció su nombre y se dudó de su buena fe, San Martín no tuvo una sola palabra de queja, un solo gesto de reproche, firmemente convencido de que la posteridad haría justicia a sus méritos. Esa hora de reparación tardó en llegar, si bien en los últimos años de su heroica y trabajada existencia alcanzó a percibir algo de su gloria póstuma en las visitas frecuentes que personalidades destacadas de América le hacían en su solitario retiro de Francia.

A doscientos años de su natalicio, la figura señera del Gran Capitán destaca nítida y armoniosa entre los grandes varones de la Patria. Dicha inmensa es para un pueblo tener héroes de proyecciones universales que lo guíen en su marcha y le sirvan de ejemplo y de inspiración en los momentos de incertidumbre y peligro. Toda su labor cumplida como conductor de ejércitos y protector de pueblos lleva el sello inconfundible de la dignidad y del carácter, de la generosidad

y la honradez, de la abnegación y del sacrificio. Abandona la Madre Patria en la culminación de su carrera para ofrecer su espada a la causa de la independencia americana, "aquella espada simbólica, afirma el doctor Joaquín V. González, que no costó una vida y que valió un continente para la humanidad libre"; y se retira del escenario de sus glorias en momentos en que muy pocos podían como él representar mayor suma de autoridad y de prestigio.

Había alcanzado el grado de teniente coronel cuando sintió el llamado de la Patria. Treinta y cuatro años recién cumplidos tenía el oficial del ejército español cuando llegó a Buenos Aires en los últimos días del verano de 1812, en compañía de Alvear, Zapiola, Chilabert y otras destacadas personalidades que habrían de figurar en primera fila en la historia de la emancipación americana.

La figura física de San Martín imponíase por su gallardía y prestancia. Alto y macizo, era grave y magestuoso su andar. El cabello, lacio y renegrado, peinábalo hacia la izquierda con cierta negligente coquetería. Ojos grandes y oscuros, su mirada infundía respeto. La nariz larga y aguileña decía de su carácter firme y tenaz. La boca era pequeña y bien dentada y el mentón desafiante. Estos rasgos imprimían a su rostro acentuadamente moreno la serena belleza que no pasó inadvertida a quienes lo trataban en las diarias tertulias de los salones porteños. Aplomado y correcto en el trato social, no era hombre de emitir juicios precipitados, mucho menos sobre los problemas del país, que poco conocía puesto que recién llegaba. Pudoroso de su intimidad, era insinuante y tierno con los que se ganaban su cariño. Algunos contemporáneos nos han dejado testimonios escritos acerca del carácter del prócer. De ellos nos interesa destacar la impresión que el general San Martín produjo en el ánimo de varios extranjeros, puestos que éstos, desvinculados del país, pudieron examinar con menos parcialidad que sus compatriotas al recién llegado. Así, John Miller, viajero inglés, dice que sus maneras eran dignas, na-

turales, amistosas, y su conversación fina como la de un hombre de mundo y de buen trato. Enrique M. Brackenridge escribió que San Martín era uno de esos hombres que poseen un no sé qué indescriptible que impone confianza y respeto, aun antes que cualquier cosa notable haya aparecido en sus actos. Y Basilio Hall expresó que nunca había visto una persona cuyo trato seductor fuese más irresistible.

El bautismo de fuego de San Martín en tierra americana tuvo lugar en San Lorenzo, derrotando a una escuadrilla española que hostilizaba a las poblaciones ribereñas con sus depredaciones y sus robos. Dicho combate, librado contra fuerzas realistas en las inmediaciones del convento franciscano de San Carlos en territorio santafesino, asume gran trascendencia para nosotros puesto que en esa batalla San Martín iniciaba con sus heroicos Granaderos a Caballo la campaña de la libertad que por muchos años lo habría de tener por inspirador, guía y maestro. Y si se tiene en cuenta que su reciente incorporación al país había suscitado dudas en algunos sectores de la población, hasta el punto de considerársele como un espía enviado por el gobierno español para controlar el estado de la opinión pública en esos días de afiebrada lucha por la emancipación, su ejemplar comportamiento dispuso aquellas prevenciones e inspiró la confianza necesaria para apoyar más tarde su proyecto de organización del Ejército de los Andes, vasta empresa militar y civilizadora, preparada con capacidad, conocimientos técnicos indiscutibles, honradez, alto espíritu de sacrificio y profundo sentido de la obligación y del deber.

Cuatro días hacía que en la ciudad de Buenos Aires había sido instalado solemnemente la Soberana Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, presidida por don Carlos María de Alvear, diputado por Corrientes y amigo fraternal de San Martín, que juntos habían regresado a nuestras playas después de larga ausencia en el viejo mundo. Grande era la esperanza que cifraban los pueblos en la obra a llevarse a cabo por aquel soberano cuerpo

legislativo que había iniciado sus tareas bajo nobles auspicios. "Feliz amada patria —se lee en un documento de esas horas— si el edificio elevado el 31 de enero sobre las ruinas de vuestros antiguos opresores es el asilo de la libertad y seguridad de vuestros hijos".

La consecución de esa libertad y seguridad a que refiere la frase transcripta habría de ser la noble aspiración del general don José de San Martín. Con la victoria de San Lorenzo, alcanzada en las primeras horas del miércoles 3 de febrero de 1813, iniciaba la primera etapa de una larga serie de triunfos militares que habrían de cimentar la emancipación continental, hasta que, ya en el exilio el Gran Capitán, se libraba el último combate por la independencia sudamericana el 9 de diciembre de 1824 en la llanura de Ayacucho, por las fuerzas libertadoras al mando del mariscal Sucre con la intervención de Granaderos a Caballo de Buenos Aires, que así, doce años después de fundado el cuerpo, entregaban su valor y su sangre a la causa de la libertad y cuyo último contingente había de regresar a la patria bajo el mando del coronel don José Félix Bogado.

No hemos de entrar en detalles sobre el desarrollo de la acción bélica de San Lorenzo, cuyos pormenores conocemos desde las aulas escolares. Pero es digno de destacarse que entre los granaderos que ese día perdieron la vida, había, dice Mitre, 1 correntino, 2 porteños, 3 puntanos, 2 riojanos, 2 bordobeses, 1 oriental y 1 santiagueño, "estando todas las demás Provincias Unidas representadas por algún herido, como si en aquel estrecho campo de batalla se hubiesen dado cita sus más valientes hijos para hacer acto de presencia en la vida y en la muerte".

Uno de esos soldados heroicos fue el sargento Juan Bautista Cabral, que pereció por salvar la vida de su jefe en momentos de gran peligro para éste. Hermoso ejemplo de valentía y solidaridad de un suboficial hacia su superior, que los militares de su clase han admirado en todo momento.

La suboficialidad del Ejército Argentino ha tenido siempre en el sargento Cabral la figura señera que lo inspira permanentemente y le señala el camino del deber y del sacrificio.

El gran mérito de San Martín consistió en haber comprendido que la revolución emancipadora fracasaría inevitablemente si continuaba llevándose por el viejo camino del Perú. Las fuerzas realistas eran numerosas y aguerridas y opondríase al paso de las tropas patriotas. Su plan continental basábase en conseguir la libertad de Chile y llevar desde allí la guerra a Lima, el centro más poderoso de la resistencia española.

El nombramiento de gobernador-intendente de Cuyo, recaído en el general San Martín en agosto de 1814, fue el punto de arranque para la formación —para la “fabricación”, se ha dicho acertadamente—, del poderoso Ejército de los Andes, que haría flamear por tres naciones la bandera sacrosanta de la libertad.

Obra verdaderamente titánica fue la formación de aquellas tropas. Con escasos recursos económicos, a enorme distancia de la capital y de los hombres del gobierno, el general San Martín trabajó incansablemente durante dos años, imponiéndose toda clase de sacrificios y de privaciones. Con la salud ya quebrantada, el alma espartana del General vivió aquellas altas jornadas precursoras de la libertad, en una entrega total y abnegada que hizo realidad el sueño que lo atormentaba. A fines de 1816 todo estaba preparado para la gran empresa. 4000 hombres de tropa y 1.200 auxiliares, además de la gente de servicio, provistos de las armas y elementos de subsistencia que la precaria situación económica del país había hecho posible organizar, iniciaban la magna empresa en los primeros días de enero de 1817. “Jamás General alguno —escribió Diego Barros Arana— desplegó mayor actividad y mayor inteligencia que San Martín en esos momentos. Dirigiendo personalmente todas las operaciones hasta en sus más pequeños detalles, impartiendo a sus subalternos las órdenes más precisas y terminantes, señalándoles con la mayor fijeza la marcha de cada día

y de las diversas evoluciones que debían hacer para sorprender y para engañar al enemigo, San Martín realizaba con singular mérito el vasto plan de campaña que había preparado en Mendoza. El ejército, por su parte, soportó con valor y entusiasmo las fatigas de una marcha peligrosa por laderas escarpadas, y por alturas en que el aire enrarecido hacía sumamente difícil la respiración”.

La campaña de los Andes tiene una importancia trascendental en la historia de la humanidad y la figura del general San Martín iguala o supera a la de los más grandes guerreros de todos los tiempos por el móvil que guiaba su conducta, que era fundar el imperio de la libertad en estos pueblos de la América meridional.

En Chacabuco las fuerzas patriotas alcanzan un gran triunfo. O'Higgins destacóse por su arrojo en la emergencia, pero es necesario hacer notar que el resultado de esta acción bélica se debió al genio previsor del general San Martín, de quien puede decirse que había ganado la batalla antes de comenzarla. Los realistas sufrieron considerables pérdidas, en tanto que el número de las bajas patriotas fue insignificante.

Don Ricardo Rojas, en su ya clásica historia del Padre de la Patria, al iniciar el prólogo de su famoso libro, expresa que la vida del general San Martín puede ser referida en tres etapas: la del aprendizaje y conocimiento, que abarca de 1778 a 1816; la de la realización y el poder, que se extiende de 1816 a 1822; y la del sacrificio y el amor que va de 1822 hasta el día de su muerte en Boulogne Sur Mer el 17 de agosto de 1850. Tres grandes épocas en la existencia del héroe que él llama acertadamente de la Iniciación, de la Hazaña y del Renacimiento, “correlativas —agrega Rojas— a la anécdota cronológica y a la ascensión espiritual”.

No es posible, en la forzosa brevedad de esta evocación, historiar la intensa actividad cívico-militar del general don José de San Martín desde que desembarcó en Buenos Aires en marzo de 1812 después de larga ausencia vivida en la Pe-

nínsula, hasta la hora gloriosa de Maipú (5 de abril de 1818) que aseguró la libertad de Chile y el éxito final de la campaña emancipadora de medio continente. El combate de San Lorenzo había puesto a prueba el coraje y el valor de sus soldados en los comienzos de la lucha por la independencia. Organizado el Ejército de los Andes —obra genial de inteligencia, perseverancia y sacrificio— Chacabuco cimentó el prestigio de las nascentes armas de la patria. En vísperas de Maipú, el Gran Capitán redactó unas instrucciones en las que ponía de relieve el enorme significado y trascendencia del encuentro próximo a librarse. “Los jefes del Estado Mayor —decía— deben estar persuadidos de que esta batalla va a decidir la suerte de toda América y que es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos”.

La batalla a que hacemos referencia tuvo lugar en los llanos de Maipú, a diez kilómetros aproximadamente de la ciudad de Santiago. El ejército aliado argentino-chileno obtuvo un resonante triunfo que estimuló el decaído espíritu de los patriotas, atribulados por el trágico episodio de Cancha Rayada. “Maipú (o Maipo) —explica Rojas— quiere decir “la tierra nativa” en la lengua de Lautaro, y el sol de Maipú en aquel bello día era realmente el sol de la América, el sol de la patria. San Martín, hijo del sol, bien lo sabía, cuando invocó a ese padre por testigo de la presentida victoria que salvaría la emancipación, no ya de Chile, sino de todo el Continente”.

Pocos días después de esta gloriosa jornada, el general San Martín emprendió viaje a Buenos Aires. Deseaba ponerse en contacto con las autoridades nacionales —especialmente con el director Pueyrredón— para informar sobre el curso de la campaña libertadora y asegurar la necesaria provisión de fondos que habría de requerir su proyectada marcha hacia el Perú. Con modestia ejemplar y acendrado espíritu republicano rehusó los agasajos que se le preparaban. “No quiero bu-

llas ni fandangos”, expresó el General, desautorizando así toda exteriorización que no fuese compatible con su espartana sencillez de costumbres.

El general Mitre, que dedicó gran parte de su vida al estudio de la gesta sanmartiniana, ha podido escribir refiriéndose a la batalla de Maipú: “Esta victoria, la más reñida de la guerra de la independencia sudamericana, fue comprada por los independientes a costa de la pérdida de más de 1.000 hombres entre muertos y heridos, pagando el mayor tributo los negros de Cuyo de los cuales quedó más de la mitad en el campo. Más que sus trofeos, Maipú fue la primera gran batalla americana, histórica y científicamente considerada, por las correctas marchas estratégicas que la precedieron y por sus hábiles maniobras tácticas sobre el campo de la acción, así como por la acertada combinación y empleo oportuno de las armas, es militarmente un modelo notable, casi perfecto de un ataque paralelo que se convierte en ataque oblicuo; por el uso conveniente de las reservas sobre el flanco más débil del enemigo por su formación y más fuerte por su calidad y número de sus tropas, inspiración que decide la victoria, siendo de notarse que San Martín, como Epaminondas, sólo ganó dos grandes batallas, y las dos por el mismo orden oblicuo inventadas por el inmortal genio griego. Por su importancia trascendental, sólo puede equipararse a la batalla de Maipú, la de Boyacá, que fue su consecuencia ulterior y final; pero sin Maipú, no habrían tenido lugar Boyacá ni Ayacucho”.

Conquistada la independencia de Chile, San Martín pudo asumir el mando supremo del país con el beneplácito general de la población. No quiso hacerlo porque en sus planes sólo habíase cumplido una parte de sus deseos. Después de la sorpresa de Cancha Rayada y del nuevo triunfo de Maipú, que consolidó la emancipación de Chile, el general San Martín entregóse febrilmente a la preparación de las fuerzas de la escuadra con las que llegaría al viejo solar del Inca, ocupado entonces por las fuerzas realistas, que se mantenían firmes en sus bien pertrechadas posiciones.

Cuando el Ejército Libertador del Perú estuvo en condiciones de iniciar la campaña que habría de ser definitiva para la suerte de las naciones de Sud América, su general en jefe dirigióse a las poblaciones de la extensa región del Plata con las siguientes palabras que traducen fielmente la índole de su temperamento: "Voy a dar la última respuesta a los calumniadores, les dice, yo no puedo hacer más que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país. Sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos".

El 20 de agosto de 1820 se ponía en marcha la expedición libertadora del Perú. San Martín, consecuente con su propósito de evitar inútiles derramamientos de sangre, entabló negociaciones con el virrey del Perú. Fracasadas las tratativas, se inician las hostilidades. El fermento revolucionario cundía y las tropas patriotas vivían enfervorizadas ante la idea de llevar la libertad a los hermanos peruanos. Nazca, Pasco, Jauja, Huancavélica, fueron jalonando la ruta de los triunfos. Bloqueado el puerto del Callao, la rendición de Lima no podía tardar. Las autoridades españolas, convencidas de su impotencia, debieron abandonar el gobierno y el general San Martín entró a la fastuosa capital sin alardes de ninguna especie, proclamando solemnemente la independencia del Perú el 28 de julio de 1821.

Jefe poderoso de un ejército triunfante, el Libertador no adoptó títulos pomposos. Se hizo cargo del gobierno como "Protector del Perú", que tal era su única ambición: tutelar la libertad de los pueblos hasta tanto se constituyeran en Estados soberanos en uso del inalienable derecho a ser gobernados sin sujeción a voluntades extrañas.

Su administración fue honrada, prudente y progresiva. Después de su entrevista en Guayaquil con el Libertador de

Colombia decide alejarse de la escena, y en un gesto de sublime renunciamiento puso punto final a su carrera pública para que el venezolano ilustre llevase a cabo la tarea final de la epopeya emancipadora. Grande como siempre, ahora mostrábase más grande después de la conferencia mantenida con el héroe del norte. Sus más íntimos anhelos se verían ampliamente satisfechos si el general Bolívar daba término feliz a la campaña a la que él le entregara su corazón y su talento. Renunció, pues, al poder, y se alejó silenciosamente de la patria para no comprometer la suerte de la revolución. Con razón ha podido decir el doctor Ricardo Levene, nuestro gran historiador: "Los dos momentos sucesivos de la vida de San Martín, su abdicación en el Perú y su retiro de América, es uno solo, el de su ostracismo voluntario, y se comprenden elevándose a su altura en alas de su sentimiento moral, como fuente de sus inspiraciones y de su objetivo político, la emancipación y la pacificación del Nuevo Mundo".

Así termina la vida pública del general don José de San Martín. Víctima de la incomprensión de muchos que no supieron valorar la grandeza de su pensamiento y de sus ideales, siguió el camino del destierro, y en el doloroso ostracismo su mente y su corazón estuvieron siempre fijos en el porvenir de la patria lejana. El vino al mundo para cumplir un destino superior y no quiso manchar su espada en luchas fratricidas que sólo prolongarían la esclavitud de los pueblos. La gran lección de su vida debe ser recogida por las nuevas generaciones para que en ella se inspiren y sigan el claro derrotero que les trazó el genio luminoso del Gran Capitán. Su nombre debe ser una consigna en esta hora en que se hace necesario más que nunca conservar la unidad indisoluble de la gran hermandad americana. Legatarios de sus virtudes y herederos de sus glorias, ningún modelo puede sernos superior en estos días de caldeadas pasiones, en que nubes de odios amenazan nuevamente la tranquilidad de los hombres. Viva-mos con plenitud sus enseñanzas, y en los momentos de peligro, al evocar al prócer, no nos ha de faltar la protección de Dios, fuente de toda razón y de toda justicia.